
El marxismo en 2024: reflexiones de un autoconsiderado marxista

Eduardo Azcuy Ameghino¹

Resumen

En esta nota se postula la vigencia del marxismo como cuerpo teórico/ideológico que propone una explicación sobre el carácter y funcionamiento del capitalismo, sobre su origen y desarrollo, y entrega las herramientas para analizar la realidad. Y también como teoría y práctica de un cambio social que beneficie a la gran mayoría de los seres humanos y preserve la naturaleza y el ambiente. Complementariamente, se presenta una reflexión sobre las vicisitudes políticas de estas luchas.

Palabras clave: Marxismo – Cuestión Agraria – Teoría y Política

Summary

Marxism in 2024: reflections from a self-considered Marxist

This note postulates the validity of Marxism as a theoretical/ideological body that proposes an explanation of the character and functioning of capitalism, its origin and development, and provides the tools to analyze reality. And also as a theory and practice of social change that benefits the vast majority of human beings and preserves nature and the environment. Additionally, a reflection on the political vicissitudes of these struggles is presented.

Keywords: Marxism – Agrarian Question – Theory and Politics

¹ Centro Interdisciplinario de Estudios Agrarios (CIEA), FCE-UBA.

“Fue muy difícil disponer la cosa de manera que nuestra vieja concepción apareciera en una forma aceptable desde el punto de vista actual. Será necesario ser audaz en las cosas y moderado en los modales”

Karl Marx

“La crítica no es una pasión de la cabeza, sino la cabeza de la pasión. No se trata del bisturí anatómico, sino de un arma. Su objeto es el enemigo, al que no trata de refutar, sino de destruir”

Karl Marx

Introducción

Escribo estas notas cargando medio siglo de experiencia, asociada con mi deseo de “ser” marxista, intención consolidada en 1971 cuando me acerqué formalmente a una organización política de esa orientación y comencé el estudio de dicho cuerpo teórico. También llevo el peso de más de cuarenta años de activa vida académica con centro en la Universidad de Buenos Aires. Y otros equipajes más que no viene a cuento mencionar aquí. Como puede verse, la referencia al pasado es un dato central. Igualmente quiero advertir, aunque no sea siempre tan lineal, que como decía Esteban Echeverría me considero secuaz de ideas antes que secuaz de hombres. Siendo este el contexto, y parte de los condicionamientos, escribo sinceramente las notas que siguen. Ojalá que el deseo de reflexionar, de pensar la problemática, sea más fuerte en el eventual lector que la pulsión a descartar, anatemizar, despreciar la revisión y criticar desde el dogmatismo y/o doctrinarismo; y en otros casos desde la visceral reacción del pensamiento burgués. No menciono a la indiferencia, porque doy por seguro que ignorará estas páginas.

En primer lugar, lo principal, sin cortapisa: ratificar la vigencia del marxismo como cuerpo teórico/ideológico que propone una explicación sobre el carácter y funcionamiento del capitalismo, sobre su origen y desarrollo, y entrega las herramientas para analizar la realidad, presente y pasada, de aquí y de allá. Y también como teoría y práctica de un cambio social que beneficie a la gran mayoría de la población local y mundial –y a la naturaleza-, permitiéndole vivir mejor. Una transformación que nos aleje del árbol del que, como especie, acabamos –no todos- de descender y siente las bases de una humanidad diferente: justa, libre, solidaria, feliz.

Y en segundo término, consideraciones sobre las vicisitudes que ha afrontado el marxismo –en tanto praxis- en los últimos ciento cuarenta años, sobre el presente –que es diferente al pasado-, y también fantasías acerca de un futuro siempre incierto

y abierto.

“De lo que se trata es de transformarlo”

Cabe advertir que cualquier consideración que pueda haber realizado que resulte contraria a lo que expreso ahora, deberá ser revisada y corregida, puesto que *en las líneas que siguen expongo, sin duda, mis convicciones más profundas.*

El marxismo tiene su centro en identificar y explicar *la explotación* social de unos seres humanos a otros sobre la base del sistema salarial –el capital es una relación social de producción–, siendo la masa de explotados proletarios, es decir *mujeres y hombres obligados por la presión económica a reproducir su existencia mediante la venta de la única mercancía de que disponen: su fuerza de trabajo.* Y es en ese acto de compra-venta donde se paga por la fuerza de trabajo el costo de su reproducción (en el mejor de los casos), mientras que el consumo de dicha mercancía engendra un valor superior a su costo: la plusvalía, el trabajo impago, o sea, la médula de la ganancia en el capitalismo, en el de libre competencia y en el monopolista/imperialista.

Pero esta explicación, y en general el estudio, la investigación, la teoría, es sólo la mitad del núcleo duro de la concepción de Marx –y de los marxistas–, que no puede desligarse de la otra mitad sin traicionarse y negarse a sí misma: la interpretación, el conocimiento de la realidad, *es al efecto de transformarla.* Lo cual obliga a ser revolucionario, y a serlo colectivamente –porque de otro modo no parece posible–, aunque sea a veces muy difícil; pero como escribió Maiakovski, “el individuo solo es un cero”.

Soy consciente que este es un punto delicado, y quisiera ser lo más claro posible: para Marx “transformar” era transformar “el mundo”, y ciertamente se puede adherir a la idea y sin embargo otorgarle los más diversos significados, comprender de diferentes maneras qué se entiende por transformar.

Me considero un intelectual, y asumo estar escribiendo principalmente para intelectuales –como lectores de la RIEA, la mayoría de quienes se adentren en estas notas serán graduados universitarios y estudiantes–, lo cual me impulsa a agregar alguna consideración, inevitablemente contradictoria, alrededor del enunciado anterior. El marxismo, inseparable del Manifiesto Comunista, nos plantea la necesidad de transformar la realidad y, evitando (es verdad que no siempre) el uso de un “marxómetro”, acepto que existen distintos grados de aproximación a esta teoría-ideología, de compromiso con ella, y que no hay un único modo de contribuir a la “transformación del mundo”, o sea que vale el aporte de cada uno (que adhiera explícitamente) según sus posibilidades y capacidades. Así, creo expresarme como marxista, sin dejar de tener en mente “la tradición progresista más amplia de la que somos parte”.

Sin duda el punto es delicado. Cómo negar la contribución inmensa, e indisoluble de una orientación hacia la “transformación”, de intelectuales marxistas como

Vilar, Dobb, Hilton, Hill, Thompson, Hobswam, Genovese, Takahashi, Brenner, Soboul, Chesneaux y tantísimos otros, por citar sólo historiadores queridos, que contribuyeron a mi formación. Y al mismo tiempo, cómo no tomar una mínima distancia respecto a la mayoría de sus opciones políticas, a la adhesión a partidos vaciados de marxismo y de revolución, al escepticismo, a matizar hasta decolorar; al relativo silencio de algunos (por decir algo) respecto a Lenin, Mao y el Che, es decir a revolucionarios en el terreno, a jefes y organizaciones, que dirigieron experiencias donde la “transformación” a la cual los marxistas apuntamos –y a la cual contribuimos cada uno desde su campo y como puede- fue, al menos durante un buen tiempo, una realidad efectiva.

De modo que, respetando opciones y elecciones, elijo insistir en que el cambio del que habló Marx –y por el que luchó- es, finalmente, la destrucción del modo de producción capitalista, es eliminarlo como forma de relación entre seres humanos; y como lejos estamos de ello, es aportar a las vías de aproximación a dicho objetivo, a la acumulación de fuerzas que permita ir avanzando hacia esa transformación. Está claro que esto ocurre en medio de disputas, opiniones y visiones encontradas, diferentes tácticas y/o estrategias (es verdad que, como reconoció Thompson, “existen muchos marxismos”); lo cual es ineludible, así como deseable que en lo posible esas contradicciones se procesen al interior de un espacio probadamente común.

Sobre la base de las consideraciones anteriores, que son apenas una porción – a mi juicio decisiva- del marco teórico-ideológico que llamamos marxismo, es que pienso su vigencia. Y también su secundarización o descarte en el tiempo que vivimos, como en buena medida ocurre en el campo de las ciencias sociales, y puntualmente en relación con el mundo rural.

Los partidos de raíz marxista, necesitados de acción y vida, tienden razonablemente a buscar las líneas de menor resistencia para operar contra el orden establecido. No pareciera hoy priorizarse entre ellas ganar al proletariado (su conciencia, su voluntad, su apoyo), ocupado, desocupado y jubilado –pero sobre todo ocupado-, donde el enemigo ha puesto sus mayores esfuerzos por desvirtuar o neutralizar la eventual rebeldía. Entonces cobran justificada relevancia los movimientos sociales, de las mujeres, los negros, los pueblos originarios, la comunidad LGTB, ambientales, la vía campesina, etc. Todos *movimientos justos, luchas necesarias*, en las que el marxismo participa y tiene mucho que decir y aportar. Esto esta fuera de discusión.

Pero, en este escenario el proletariado –obreros, empleados y demás trabajadores asalariados y desocupados- tiende a no ocupar un rol central, *la explotación de la mayoría no parece ocupar un rol central*; la necesidad de su movilización, organización y lucha no constituye en muchos casos la máxima prioridad, aun cuando continúa siendo un núcleo discursivo, con frecuencia el principal.

Imperialismo, capitalismo, clases sociales, estado, explotación, dominación, lucha de clases son conceptos/realidades esenciales sobre las cuales el marxismo ha entregado elementos decisivos para su comprensión, y para orientar una práctica política socialmente transformadora.

La vigencia, y también el oscurecimiento, de este cuerpo teórico/doctrina está

pues vinculado directamente con las relaciones de fuerza –materiales y mentales- entre las clases sociales al interior de las sociedades capitalistas –mayoritariamente dependientes- en que vivimos; se encuentra en directa relación con los humores ideológicos y políticos predominantes en la época y el planeta.

Tomando como ejemplo de caso la República Argentina, tenemos una población que por encima del 90 por ciento es urbana, y del porcentaje restante podría pensarse que un 3 o 4 por ciento responde a la caracterización tradicional de campesina: ¿se puede creer que una “vía campesina” puede ser el camino para eliminar la explotación y la injusticia que nos arropa? ¿O que dicha transformación se va a operar –más allá de éxitos parciales y bienvenidos en alguna esfera del combate- en virtud de la lucha ambientalista, de las mujeres, los desocupados o de los pueblos originarios? *¿Solamente?*

La vigencia del marxismo (y el agro, uno de mis centros de interés)

En relación puntual con los estudios sociales rurales, Argentina es económicamente dependiente del imperialismo (y en disputa entre varios imperialismos), y eso se expresa –no podría ser de otro modo- en el agro: oligopolio del comercio exterior, predominio del capital extranjero en tractores y cosechadoras, en insumos –agroquímicos, fertilizantes, semillas, etc.-, presencia extendida en las agroindustrias, incluidos aceite, harina de soja y biocombustible, etc. ¿Se halla vigente el marxismo para incidir en la teoría y la práctica en torno a esta problemática?

Fuera de esta dimensión de la cuestión agraria, que compromete en su generalidad al entero país, hay otras principales.

¿Quiénes son los hacedores fundamentales de las cosechas récord de granos? ¿Y de la ganadería vacuna y ovina, lechería, avicultura, de la vid, del azúcar, del tabaco, la yerba, etc.? ¿Quiénes participan activamente de la horticultura y fruticultura? Los *asalariados rurales*.² Su explotación, sus durísimas condiciones de vida y trabajo, constituyen una dimensión de la cuestión agraria. ¿Se halla vigente el marxismo para incidir en la teoría y la práctica de esta problemática?

La concentración económica –del capital, la producción y el uso de la tierra-, la reproducción ampliada del patrimonio de las unidades mayores, determina la eliminación de explotaciones agrarias y la crisis sistémica de la pequeña producción, especialmente de los productores campesinos capitalizados (chacareros en la pampa Argentina). Con una superficie creciente en operación agrícola y ganadera, en mi país entre 1960 y la actualidad desapareció más del 50 por ciento de las explotaciones agrarias. ¿Se halla vigente el marxismo para incidir en la teoría y la práctica de esta problemática?

¿Quiénes son uno de los beneficiarios privilegiados de la producción agraria? Sin duda los dueños de la tierra, que no hay razón para no llamarlos terratenientes.

²No usamos lenguaje inclusivo, pero el lector debe saber que en todos los casos nos referimos indistintamente a mujeres y hombres.

Ellos tienden a controlar buena parte del territorio de nuestros países, y cobran por eso la renta del suelo. Cuando más rentable se hace la producción más se incrementa la renta. Cuanta mayor cantidad de capital se invierte en la producción y/o se incrementa la escala, superior es la ganancia extraordinaria por sobre la normal, es decir mayor es, o puede ser -porque esto también está en disputa-, la renta de la tierra. Y cuanto más cantidad de tierra se posee, más grande es la renta, la cual suele habilitar la inserción de sus principales beneficiarios -generalmente también capitalistas- en alguno de los estratos de las clases privilegiadas y/o dominantes. ¿Se halla vigente el marxismo para incidir en la teoría y la práctica de esta problemática?

Claro que *si estas cuestiones no nos resultan prioritarias -o parte de las prioritarias-, esa puede ser una razón* para que tampoco nos resulte necesario el marxismo.

Hay por cierto otras dimensiones esenciales de la cuestión agraria, básicamente otras dos: la *campesina* -de importancia decisiva en algunos territorios- y la *ambiental*, aunada a la conservación de los bienes comunes naturales, que excede largamente al agro. Ambas resultan relativamente más transitadas hoy día y no tiene caso que me extienda aquí acerca de ellas, salvo para recordar que para Marx “todo progreso realizado en la agricultura capitalista no es solamente un progreso en el arte de esquilmar al obrero, sino también en el arte de esquilmar la tierra, y cada paso que se da en la intensificación de su fertilidad dentro de un período de tiempo determinado es a la vez un paso dado en el agotamiento de las fuentes perennes que alimentan dicha fertilidad”.

Así como es improbable resolver la cuestión agraria sin una revolución que reformatee la sociedad en su conjunto, seguramente será imposible avanzar firmemente en el camino de una reforma agraria integral si las luchas inherentes a cada una de las dimensiones señaladas no se articulan, complementan, ayudan y refuerzan entre sí, en vez de recelarse, ignorarse o enfrentarse.

No importa cuan comprometidos e involucrados estemos con la especificidad de alguna de ellas, pero si es importante la convicción de que siendo varios los instrumentos, *la melodía debe tender a ser una sola*, pues sino no habrá una canción.

¿Se halla vigente el marxismo para incidir en la teoría y la práctica de esta problemática?

Y me permito insistir, así como el campesinado, tanto el no capitalizado (campesinos tradicionales) como el capitalizado (chacareros, farmers...), forma parte relevante de la cuestión agraria en Latinoamérica, el carácter predominantemente capitalista de nuestros países dependientes hace necesario el esfuerzo, más exigente en el ámbito agrario, de identificar con claridad y colocar en centro del escenario al sujeto social que -sin duda en el caso argentino- carga sobre sus espaldas con el mayor peso de la producción rural y la mayor cuota de explotación, como son los proletarios y semiproletarios asalariados.

Pasado, presente y futuro: inciertos y en disputa

“La relectura de tu libro³ me ha hecho consciente a mi pesar de que estamos envejeciendo. ¡Con qué frescura y apasionamiento, con que audaces anticipaciones exentas de cultas y científicas dudas se trata aquí la cosa! Y la ilusión misma de que el resultado saltará mañana o pasado a la luz del día de la historia, infunde a todo el libro un calor y un jovial optimismo, comparado con el cual el ‘gris’ de los escritos posteriores asume un aspecto detestable”

Marx a Engels

“Ser historiador permite ser optimista sin ser creyente, y ser escéptico sin ser pesimista”

Pierre Vilar

La vigencia del marxismo se asienta en la validez de la exigencia de Estados/gobiernos que encarnen las necesidades y deseos de la mayoría de los habitantes de cada sociedad, en la posibilidad de la eliminación del capitalismo y el imperialismo, en el ingreso de la humanidad en otras formas de organización social, sin explotación, sin racismo, sin discriminación, sin desigualdades evitables, con cuidado de la naturaleza y el ambiente.

Es decir que la vigencia del marxismo es también parte de una lucha. Con derrotas y triunfos, aciertos y errores, avances y retrocesos. Y las vicisitudes de dicha lucha –pensadas siempre en un determinado presente- son las vicisitudes del marxismo.

¿Cuándo pareció con más intensidad que esta orientación marcaba el camino a seguir? Cuando la revolución rusa triunfó (Lenin), cuando la revolución china triunfó (Mao), cuando Vietnam triunfó (Ho), cuando Cuba hizo que la revolución hablara en castellano (Che). Y otros casos en parecida dirección.

¿Cuándo se dudó que el marxismo amojonaba el camino? Cuando Stalin no comprendió que la lucha de clases continuaba vigente en el socialismo y actuó a tono con esa idea, cuando se restauró el capitalismo en Rusia, cuando los tanques “soviéticos” entraron en Polonia y Checoslovaquia, cuando Cuba envió soldados de color a pelear en África para complacer al Kremlin, cuando fue derrotada la revolución cultural y se restauró el capitalismo en China, cuando se produjo la guerra entre

³ Se refiere a “La Situación de la clase obrera en Inglaterra”.

Vietnam y China. Y muchos otros casos –muchísimos ejemplos– en parecida dirección.

¿Cuándo se tiende a pensar que el marxismo fracasó y ya no es útil como guía hacia un futuro mejor? Cuando ya no existen países socialistas y la gran mayoría de los partidos comunistas han dejado de creer en el marxismo-leninismo, cuando la lucha por acabar con la explotación social parece no tener sentido, cuando se impuso la globalización, cuando Rusia invade Ucrania, cuando Israel masacra a los palestinos, cuando proliferan los gobiernos ultrareaccionarios, cuando lo importante es zafar, cuando se presenta como izquierda lo que suele acabar siendo una variante (¿el mal menor?) de la derecha.

Sin duda, las vicisitudes y la presunta falta de vigencia del marxismo tienen que ver con el estado de las relaciones de fuerza entre las clases explotadas y explotadoras, entre los países oprimidos y los opresores, entre revolucionarios y reaccionarios, entre demócratas y dictadores, entre preocupados e indiferentes.

Asimismo el pasado –y lo afirmo como historiador– también se halla sometido a dicha determinación, puesto que sus significados, referencias y posibles enseñanzas se modifican al compás del presente –cambiante, como puede verse– que lo observa y convoca. En este sentido, la historia se encuentra violentamente disputada –a veces más, a veces menos, por eso de las vicisitudes–, en circunstancias que, como decía Benjamín, “tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo si éste vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer”.

Cabría aquí agregar que el marxismo –en tanto teoría e ideología– no debería desligarse de la experiencia histórica practicada en virtud de sus orientaciones básicas, toda vez que se trata de un pensamiento que postula, en realidad exige, acabar con las sociedades basadas en la explotación social. Separar a Marx de la tradición marxista en tanto realización histórica práctico-material es negar a Marx. Lo cual no descarta, vale insistir, la crítica, la coexistencia de opiniones contradictorias y diferentes respecto a la experiencia vivida en las luchas revolucionarias a nivel planetario durante el último siglo largo y los balances de cada una de ellas. Postular pensar y presentar a Marx –y Engels–, por ejemplo, sin la revolución rusa, la revolución china y la acción de los respectivos partidos comunistas, marxistas, más allá de errores, derrotas y restauraciones del capitalismo, es impugnar a Marx, y reemplazarlo por un narcisismo intelectual, individualista, pequeño burgués, de ninguna utilidad para la crítica de todo aquello que el análisis de la experiencia histórica de las luchas obreras y populares sugiera que debe ser corregido y reformulado.

Afirmado todo lo anterior, no quiero engañarme –ni aceptar el engaño englobador del enemigo– y asimilar “el marxismo” con *todas* las heterogéneas y diversas formas concretas que asumieron las múltiples creaciones políticas, económicas y sociales asociadas o asociables con este cuerpo teórico y doctrina, desde la Primera Internacional de 1864 y la Comuna de París de 1871 hasta experiencias como la europea oriental, camboyana, coreana, albanesa y un largo etcétera.

El marxismo es una teoría que permite estudiar y comprender la sociedad y la historia, todas las sociedades e historias. Pero 1848 no es 1917, ni 1949, ni 1956, ni

1976; ni el siglo XIX es el XXI. Ciento cincuenta años cuentan. Y lo obvio no siempre resulta obvio. Sólo por mencionar algo, el automotor reemplazó al caballo y el avión al globo; donde antes se publicaba una octavilla o a lo sumo un periódico, luego hubo radio, televisión, computadoras, cable, internet, celulares con video llamada, redes sociales y viene la inteligencia artificial. La explotación capitalista y la dependencia del imperialismo son más o menos las mismas en su esencia, pero los contextos y otras múltiples determinaciones son otras. Sin duda rige el principio de incertidumbre, nada es inevitable, mucho deberá ser descartado, y/o corregido y/o actualizado.

La evolución socioeconómica en diferentes países muestra que hay menos “obreros”, pero más “proletarios” –una categoría marxista básica-, incluidos los muchos asalariados en industrias como la del conocimiento y otros. Las mujeres cada vez más demuestran ser –y luchan por efectivizarlo- “la mitad del cielo”. Y en un planeta que durante décadas los pueblos debieron –y deben- luchar contra numerosas y heterogéneas dictaduras, siempre autoritarias y represivas, tal vez no resulte lo más oportuno mentar a la “dictadura del proletariado”, sin perjuicio de que la lucha efectivamente sea por un gobierno “obrero y popular”. Tengo claro que el régimen político de “partido único” no resulta viable, y –aunque me haga ruido- tampoco se sostiene que “el partido lo dirige todo”.⁴ Y tantos puntos más.

La tercera década del siglo XXI se siente tan alejada, tan ajena, de las reflexiones y preocupaciones que expongo... Observando desde allí es innegable que la derecha, la reacción que expresa a las cúpulas capitalistas del mundo, pasa por un gran momento.

Y no puedo dejar de pensar que los Trump, Bolsonaro, Milei, Meloni, Orban, Le Pen y un largo etcétera, son en buena medida el producto de la malversación de la idea –y de la experiencia concreta allí donde se materializó- de un mundo justo y solidario, estafa efectuada por los capitalistas amparados en discursos socialistas (“miel en la boca, hiel en el corazón”), por socialdemócratas, por populistas. El daño infligido, entre muchos ejemplos, por la Rusia postsoviética, la China –de Teng Siao Ping a Xi Jinping-, o los gobiernos “progresistas” –por hablar de Latinoamérica- como el de Maduro u Ortega, han raído la idea del cambio social popular, la han bastardeado, vaciado y trasmutado; demolición a la que resultaría imposible que permaneciera ajena la imagen y la idea del socialismo –entendido como aquella sociedad en la que vivamos mejor-, y, en la parte que le toca, el propio marxismo.

Circunstancias en las que lo posible pareciera desdibujar, o directamente desvanecer, lo necesario. Por cierto que sobre esta base la burguesía internacional “clásica” realiza sus mejores esfuerzos por eliminar todo viso de rebeldía efectiva respecto al orden establecido. Y así estamos.

Opiniones de un marxista para el debate al calor de la batalla antiimperialista y anticapitalista...

⁴ Lo cual no quita que la organización revolucionaria debe dirigir lo suficiente como para garantizar la dirección, la orientación, en que se marche. Negar esto, al menos para mí, sería negar la posibilidad de una transformación radical, de abajo a arriba.

Ratificar, corregir, ampliar, ajustar, trabajar -como quería Marx- para que “nuestra vieja concepción aparezca en una forma aceptable desde el punto de vista actual”. Incorporar miradas jóvenes que, sin prejuicios, retomando el mejor marxismo, mixturen y mejoren lo que sino corre el riesgo de ser la repetición circular de un recuerdo (“mientras sea monje tocaré la campana”, describía un amigo lo que consideraba actitudes rutinarias y burocráticas). Y aun así, conceptos como Estado, clase social, modo de producción, capitalismo, imperialismo, plusvalor, lucha de clases y muchos más, que forman parte del acervo marxista, no han sido refutados; a lo sumo dejados de lado, lo cual vuelve a recordarnos que de lo que se trata es de una lucha y sus alternativas, derrotas incluidas.

En la medida que continúen existiendo en el mundo mujeres y hombres dispuestos a luchar por “transformar el mundo y cambiar la vida”, la vigencia del marxismo será sin duda una de las herramientas indispensables para el desarrollo de esa empresa. “*Pluralitas non est ponenda sine necessitate*”, o como dirían en mi barrio, no la compliquemos.

El marxismo en 2024: reflexiones de un autoconsiderado marxista

Fecha de recepción: 22/10/2023

Fecha de aceptación: 12/12/2023